

La historia de la lingüística como diálogo: una vuelta más en torno al círculo interpretativo

Joaquín SUEIRO JUSTEL
Universidade de Vigo

La Historiografía se ha convertido en una ciencia que explota y administra el pasado a beneficio del presente

(Heidegger)

La transformación del pasado, eso y no otra cosa es la Historia, se ha convertido en una colección de pastiches esclerotizados que se repiten a modo de clichés como uno de los rasgos del capitalismo posmoderno

(Frederic Jameson)

1. LA FUNDAMENTACIÓN EPISTEMOLÓGICA

Aunque el investigador, ocupado en cuestiones de carácter empírico, no acostumbre a prestar atención a las ideas de carácter epistemológico (es más, suele evitarlas de manera más o menos explícita), nos parece indicado presentar un breve marco teórico, unas bases científicas de discusión necesarias para el estudioso que se acerca a un texto histórico, fundamentalmente en el ámbito de la lingüística histórica moderna, y máxime si ese texto pertenece al ámbito de la historia de las ideas lingüísticas o al de la historia de la lingüística aplicada.

No se trata aquí de legitimar la tarea del historiador de la lengua o de la lingüística, cuestión esta más que asentada en la tradición teórica, sino de situar las coordenadas en las que se desarrolla dicha actividad científica, sin ánimo tampoco de realizar un repaso exhaustivo de las cuestiones meta-teóricas. Pretendemos no solo adentrarnos en un campo teórico sino enfocar nuestras observaciones de forma instrumental, buscando la perspectiva que nos ayude a estudiar mejor los datos del pasado y enseñarlos también de manera coherente.

La fundamentación epistemológica de la lingüística histórica cambió con el paso de los años, en primer lugar de forma paralela a como lo hizo la ciencia de la historia, y, en segundo término, a partir de su propia especificidad, a través de las reflexiones metodológicas de algunos investigadores en este campo. La ciencia histórica de orientación positivista, que partía de la consideración del sujeto que observa y del objeto observado como entidades independientes, lo que permitía una reproducción “objetiva” o “fiel” de la secuencia cronológica de los hechos verificables, cayó en desprestigio. Esto se debe, fundamentalmente, a la filosofía y a la epistemología post-estructuralistas. Desde Heidegger con su formulación de la *preestructura de la comprensión*, se tiene conciencia de que tanto el historiador como el hecho historiado son producto de la historia, es decir, existen y operan en circunstancias específicas que determinan su naturaleza y su operatividad. La posición intelectual, ideológica e, incluso, social o académica, del observador condiciona la selección de

los datos históricos y determina también el tratamiento y la categorización de estos por parte del historiador. Esta actitud, implícita o explícitamente formulada, está presente en muchos investigadores contemporáneos.

En el ámbito de la lingüística son varios (y algunos muy recientes en el caso de la lingüística española) los trabajos que tratan de perfilar ese modelo superador del historicismo de corte positivista al que nos referimos anteriormente. Así, a modo de ejemplo, Del Valle (1997) adapta la llamada *teoría de la emergencia*, propuesta por Laurendeau unos años antes (1990). Este investigador pretende colocar la tarea del estudioso en un término medio equidistante entre una historiografía, *propriadamente dicha*, entendida como una simple organización cronológica de los datos históricos, y el *historicismo*, que pone en relación el acontecer histórico con el contexto histórico, social o político. Se trataría de lograr la comprensión de las reflexiones lingüísticas mediante un proceso de lectura inverso, que vaya de los resultados, de los textos, de las consecuencias o de los continuadores a las fuentes materiales y formales. Para Laurendeau, la lingüística, como toda disciplina científica, no es ideológicamente neutral, sino que surge y existe como producto de una tensión entre el desarrollo del conocimiento práctico que proporciona y los elementos ideológicos que en ella influyen. Del Valle (1977: 177), a la hora de aplicar el método de Laurendeau, propone la que la historificación de la lingüística se sitúe, como decimos, entre las dos corrientes historiográficas dominantes: aquella que da relevancia al dato y el historicismo; entre la enumeración cronológica de acontecimientos intelectuales que, de modo implícito o explícito, confiere al hecho histórico una existencia autónoma con respecto al actor social y el afán por localizar “todo acontecimiento intelectual en relación directa con lo que podríamos llamar su contexto histórico-aneecdótico”, de modo que se presupone o se da a entender que el actor social tiene control absoluto sobre la producción intelectual.

Frente a ambas corrientes, la teoría de la emergencia ve en toda escuela de lingüística un producto indirecto y relativamente autónomo de contextos socio-históricos concretos, y trata de describir la emergencia de una escuela lingüística invirtiendo el orden de su desarrollo, es decir, partiendo de los resultados establecidos y yendo hacia sus fuentes teóricas y materiales. El atractivo de esta teoría reside en que acepta que la evolución de una disciplina responde tanto a su dinámica interna como a los contextos ideológicos en los cuales se desenvuelve.

Este, como decimos, es uno de los muchos ejemplos posibles, ya que vivimos en un tiempo en el que no es difícil encontrarnos con una serie de propuestas meta-teóricas cuyo único punto en común es la superación de las limitaciones del historicismo. Podría citar aquí, entre otras, *la historia en espiral* de Eugenio Coseriu (2007), o las propuestas más o menos generales que han surgido fundamentalmente a partir de Kuhn. Conceptos como el de *paradigma*, del propio Kuhn (1985), el de *escenario*, de Hymes (1974), el “*context of situation*” de Koerner (1976) o los *tres niveles de actuación del historiógrafo*, que propuso Peter Schmitter (1987), son propuestas sucesivas que fueron ampliando los límites teóricos de la actuación histórica. Pero incluso estos modelos han resultado insuficientes y, así, se ha seguido a la búsqueda de un marco teórico para la historificación de la lingüística, un modelo que, en todo caso, sin renunciar al rigor necesario, amplíe considerablemente los límites, reconociendo la diversidad de métodos, de objetos y de relaciones con otras disciplinas conexas.

2. PRESUPUESTOS META-TEÓRICOS

Muy probablemente, la coherencia institucional y científica de la historia de la lingüística no ha de venir de la justificación de un único método de trabajo, sino de un pluralismo metodológico e investigador que ha de tener como única premisa de aceptabilidad la de que cada investigador ha de ser consciente de cuál emplea y ha de exponerlo explícitamente buscando su propia fiabilidad. En cada trabajo habremos de destacar su “lógica interna”, es decir, los estudios históricos habrán de hacer explícito el andamiaje teórico, habremos de saber en qué medida se combinan el estudio empírico de los datos, la reconstrucción del modelo teórico analizado, la interpretación de los meta-términos, la discriminación de las posibles contradicciones e incoherencias, la trascendencia de los logros y hallazgos, los antecedentes y las influencias, etc., todo ello analizado teniendo en cuenta lo que Chartier (2005) denominaba “el campo social de la recepción” y la discontinuidad histórica existente entre el dato analizado y su receptor y el del receptor del análisis.

Huyendo de eclecticismos, podríamos resumir los presupuestos meta-teóricos más empleados en los últimos tiempos, concretándolos en una serie de rasgos dignos de ser destacados. Enumeramos aquellos que aparecen como necesarios en la caracterización de los estudios de la lingüística histórica, y destacaremos entre ellos los que convienen de manera más adecuada a la historia de la lingüística externa y de la lingüística aplicada.

En primer lugar, queremos resaltar el *carácter mixto de la científicidad* del objeto estudiado y de la disciplina: al carácter *empírico* de esta, habrá que añadirle un componente *hermenéutico* que no siempre se ha reconocido de manera explícita. A este factor interpretativo, por su importancia metodológica, nos referiremos a continuación. La historia de la lingüística ha de ser entendida, sin duda, como historia de un objeto de estudio poliédrico que ha de ser tratado desde una perspectiva pluridimensional (Swiggers 1997: 27) en la que habrá de establecerse el contexto que rodea la creación del texto y aquel otro de la lectura, así como la interacción entre lo escrito y las informaciones, conocimientos y perspectivas de análisis del lector contemporáneo (López Alonso & Seré 2001: 53).

En segundo lugar, es necesario atender a la *complejidad* de los objetos y fenómenos analizados así como de las herramientas necesarias para su análisis. La historia, en el ámbito de la lingüística, habrá de buscar una sistematización de esa complejidad, definiendo e interrelacionando niveles y disciplinas e incluso asumiendo información útil procedente de campos no específicamente lingüísticos (antropología, psicología, sociología, etc.).

Es preciso, también, tener en cuenta la *discontinuidad* del devenir de los acontecimientos y de los datos empíricos objeto de estudio, antes que la continuidad a la hora de trazar la historia de las ideas y conceptos lingüísticos. Dada la dificultad de establecer en todas las ocasiones las causas, dependencias, motivos o consecuencias de las ideas lingüísticas, ya que no siempre es fácil establecer las conexiones entre sistemas de pensamiento lingüísticos diferentes, se trataría de lograr en primer lugar la eficacia en la búsqueda de la herramienta metodológica necesaria para explicar cada uno de los sistemas objeto de estudio. La historia es una construcción teórica que se elabora hoy, que realiza el investigador contemporáneo con los datos no ya que encuentra, sino que selecciona. Conceptos como progreso de la historia, de la ciencia, etc. habrán de ser utilizados con cautela y ser explicados en el discurso meta-histórico previo.

Pensando en esta discontinuidad, cada sistema de pensamiento, al margen de la autonomía que se conceda al tratamiento del lenguaje, habrá de ser valorado en función de la propia coherencia del sistema explicativo y de la eficacia con que se resuelven los problemas planteados respecto al lenguaje objeto de la investigación. Para realizar dicha valoración, finalidad primordial del investigador, se podrán utilizar métodos de análisis que pongan en evidencia la coherencia o incoherencia del sistema utilizado, sus aciertos o errores, sus inexactitudes, etc. El investigador habrá de dar cuenta del enfoque analítico que realiza desde el presente. A ello nos referiremos a continuación.

Considerados desde el momento de la lectura, los problemas de las influencias o semejanzas adquieren una nueva interpretación. Son conceptos que salen a la luz vistos desde hoy, pero de los que difícilmente puede ser consciente el sistema de pensamiento y el autor objeto de análisis.

Hemos hablado de la *coherencia*. El hilo histórico de la lingüística (o el hilo de la lingüística histórica, si se prefiere) ha de formularse desde una doble coherencia: por un lado la coherencia o lógica interna (por utilizar las palabras de Breva Claramonte 2008); cada teorización del lenguaje es deudora del sistema teórico en el que se inscribe y que, al mismo tiempo, marca los objetivos, la configuración científica y la dinámica investigadora. Pero, por otra parte, esta coherencia habrá de ser revisada no solo en el objeto histórico sino en el sujeto observante, dado que el investigador ha de ser consciente también de los presupuestos de los que parte y que son los que lo van a poner en contacto con el objeto estudiado.

Y aquí es donde queremos destacar lo que Gadamer (1984) considera un salto cualitativo en la reflexión meta-teórica de la historia. Es necesario establecer un *diálogo* entre el sujeto investigador y el objeto de su estudio, como característica fundamental de la investigación histórica. El sujeto investigador establecerá (y en esto nos declaramos deudores de la teoría de la ciencia histórica y filológica de Gadamer) una lectura dialógica y consciente con el objeto investigado. Consecuentemente, el trabajo del investigador no debe perder de vista las coordenadas temporales que intervienen en todo estudio histórico: el pasado en el que se sitúa el objeto estudiado, el presente desde el que se analiza y quizá también el futuro sobre el que se proyecta el estudio que se realiza.

Es decir, el valor (o mejor dicho, la relevancia) de un estudio histórico en general y lingüístico en particular no depende del rigor factual del historiador o del lingüista y de su estudio, pues esto se tiene que dar por supuesto. Es ya un lugar común que el rigor de los datos es una obligación y un punto de partida y nunca debe ser el objetivo de un estudio. Dicho objetivo y su posible relevancia se obtienen con la valoración e interpretación que de los hechos hace el investigador al relacionarlos con el sistema de conocimiento en el que se enmarcan, pero también al relacionarlos con el objetivo que el estudioso se impone y que, obviamente, responden a inquietudes del presente y del futuro.

3. EL DIÁLOGO, LA INTERPRETACIÓN Y EL TRASPASO

La inmanencia historiográfica, combinando, por ejemplo, los meta-planos lingüístico e historiográfico (Esparza Torres 2006: 80), trata de huir de los riesgos esclerotizantes de una descripción “arqueológica” (Auroux 1987) basada únicamente en los datos. Los estudiosos trabajan los textos, el eje temporal, las influencias e interrelaciones entre hechos, las ideas y movimientos que conforman el pasado y el análisis de “error” y “verdad” de los

datos analizados (Lledó 1978: 71). En definitiva, pretenden rescatar el objeto de cualquier injerencia del sujeto investigador.

Gadamer, en cambio, opta por hacer de la intervención del sujeto el elemento nuclear de la científicidad. Así, en el diálogo sujeto-objeto adquiere una enorme relevancia el *pre-juicio*: el sujeto investigador debe ser consciente de los juicios previos con los que se acerca al objeto de estudio y ha de hacerlos explícitos para así poder “dejarse decir” por el objeto estudiado y establecer una comunicación realmente dialógica. Dice Gadamer:

El que quiere comprender un texto realiza siempre un proyectar. Tan pronto como aparece en el texto un primer sentido, el intérprete proyecta enseguida un sentido del todo. Naturalmente que el sentido sólo se manifiesta porque ya uno lee el texto desde determinadas expectativas relacionadas a su vez con algún sentido determinado. La comprensión de lo que se pone en el texto consiste precisamente en la elaboración de este proyecto previo, que por supuesto tiene que ir siendo constantemente revisado en base a lo que vaya resultando conforme se avanza en la penetración del sentido (Gadamer 1984: 333).

De ello habrá de surgir la confirmación o el desmentido de los juicios previos así como la consiguiente evaluación con la que se cierre el círculo hermenéutico. En esta orientación metodológica se opta no por obviar al sujeto, sino por incorporarlo de manera que es su comprensión explícita la que cierra el círculo interpretativo:

El que intenta comprender está expuesto a los errores de opiniones previas que no se comprueban en las cosas mismas. Elaborar los proyectos correctos y adecuados a las cosas, que como proyectos son anticipaciones que deben confirmarse “en las cosas”, tal es la tarea constante de la comprensión. Aquí no hay otra objetividad que la convalidación que obtienen las opiniones previas a lo largo de su elaboración (Gadamer 1984: 333).

Dialogar a partir de los prejuicios no supone ni cerrarse ni perder neutralidad. Supone aceptar una evidencia epistemológica, ya que lo contrario sería operar con prejuicios no reconocidos. Ello nos sitúa frente al historicismo positivista o el inmanentismo historiográfico:

Sólo este reconocimiento del carácter esencialmente prejuicioso de toda comprensión confiere al problema hermenéutico toda la agudeza de su dimensión. Medido por este patrón se vuelve claro *que el historicismo, pese a toda crítica al racionalismo y al pensamiento iusnaturalista, se encuentra él mismo sobre el suelo de la moderna Ilustración y comparte impensadamente sus prejuicios*. Pues existe realmente un prejuicio de la Ilustración, que es el que soporta y determina su esencia: este prejuicio básico de la Ilustración es el prejuicio contra todo prejuicio y con ello la desvirtuación de la tradición (Gadamer 1984: 337).

Esta postura, deudora de la concepción hegeliana de la historia, no pone en relación únicamente evento y sujeto:

Ningún aserto histórico puede identificarse (sea dialécticamente o empáticamente, al estilo de Schleiermacher o Troeltsch) con el evento indicado, mas tampoco da razón de él (en el sentido “científico-natural”), sino que se limita a leer, a interpretar dicho evento desde la perspectiva vital en el que él resulta inteligible (Duque 1993: 144).

Gadamer establece las bases ontológicas de la disciplina histórica, llegando a negar la existencia misma del objeto de estudio y situándolas (las claves del saber histórico) en el ámbito de las intenciones e intereses del sujeto:

En las ciencias del espíritu el interés investigador que se vuelve hacia la tradición está motivado de una manera especial por el presente y sus intereses. Sólo en la motivación del planteamiento llegan a constituirse el tema y el objeto de la investigación. La investigación histórica está soportada por el movimiento histórico en que se encuentra la vida misma, y no puede ser comprendida teleológicamente desde el objeto hacia el que se orienta la investigación. Incluso ni siquiera existe realmente tal objeto. Es esto lo que distingue a las ciencias del espíritu de las de la naturaleza. Mientras el objeto de las ciencias naturales puede determinarse *idealiter* como aquello que sería conocido en un conocimiento completo de la naturaleza, carece de sentido hablar de un conocimiento completo de la historia. Y por eso no es adecuado en último extremo hablar de un objeto en sí al que se orientase esta investigación (Gadamer 1984: 353).

No son los textos sino las lecturas e interpretaciones que de ellos se van haciendo las que configuran una disciplina (Sueiro 2004: 186 y 2009: 187) y, por ende, se meta-teoriza sobre su cientificidad.

Lejos quedan las pretensiones de eliminar al sujeto y su subjetividad o de redefinir su posición como “lector activo”, “lector situado”, etc.; se trata de considerar su rol no solo como un elemento historiográfico más y ni siquiera ya tan solo como una obviedad epistemológica (Rossi 1986). Con Gadamer quedan establecidas las bases de una historiografía de autor en la que su papel en el diálogo habrá de trascender el texto y formular uno nuevo, un meta-texto interpretativo: habrá de dar un paso más ya que, lograda la comprensión, habrá de ir más allá de la descripción o enumeración histórica de los datos, habrá de recorrer el camino que va de la *comprensión a la interpretación*:

[...] la comprensión del texto se encuentra determinada continuamente por el movimiento anticipatorio de la comprensión [...] el círculo no es, pues, de naturaleza formal; no es subjetivo ni objetivo, sino que describe la comprensión como la interpenetración del movimiento de la tradición y del movimiento del intérprete. La anticipación de sentido que guía nuestra comprensión de un texto no es un acto de la subjetividad sino que se determina desde la comunidad que nos une con la tradición. Pero en nuestra relación con la tradición, esta comunidad está sometida a un proceso de continua formación siempre. No es simplemente un presupuesto bajo el que nos encontramos siempre, sino que nosotros mismos la instauramos en cuanto que comprendemos, participamos del acontecer de la tradición y continuamos determinándolo así desde nosotros mismos. El círculo de la comprensión no es en ese sentido un círculo “metodológico” sino que describe un momento estructural ontológico de la comprensión (Gadamer 1984: 363).

Esta comprensión se sitúa como deudora de la historicidad del sujeto y de los actos de pre-comprensión realizados. La labor del investigador, entonces, se vuelve creativa y no solo reproductiva, y la historia efectual, así considerada, estriba en comprender los textos y los datos históricos incluso más allá de lo que ellos realmente y por sí solos dicen. El sentido de un texto, sea este gramatical o normativo (en el ámbito de la política lingüística, por ejemplo) supera a su autor no ocasionalmente sino siempre, por lo que la comprensión se convierte no solo en un comportamiento reproductivo, sino fundamentalmente productivo.

Lo que ha de pretender el historiador es acercarse al pasado siendo consciente de que lo realiza desde el presente, sin caer en lo que Gadamer llama la *ingenuidad historicista*:

La distancia en el tiempo no es en consecuencia algo que tenga que ser superado. Esto era más bien el presupuesto ingenuo del historicismo: que había que desplazarse al espíritu de la época, pensar en sus conceptos y representaciones en vez de en las propias, y que sólo así podría avanzarse en el sentido de una objetividad histórica. Por el contrario de lo que se trata es de reconocer la distancia en el tiempo como una posibilidad positiva y productiva del comprender [...] La ingenuidad del llamado historicismo consiste en que se sustrae a una reflexión de este tipo y olvida su propia historicidad con su confianza en la metodología de su procedimiento. En este punto conviene dejar de lado este pensamiento histórico malentendido y apelar a uno mejor entendido. Un pensamiento verdaderamente histórico tiene que ser capaz de pensar al mismo tiempo su propia historicidad. Sólo entonces dejará de perseguir el fantasma de un objeto histórico que lo sea de una investigación progresiva, aprenderá a conocer en el objeto lo diferente de lo propio, y conocerá así tanto lo uno como lo otro. El verdadero objeto histórico no es un objeto, sino que es la unidad de lo uno y de lo otro, una relación en la que la realidad de la historia persiste igual que la realidad del comprender histórico [...] al contenido de este requisito yo le llamaría "historia efectual" (Gadamer 1984: 368-370).

En el ámbito de la historiografía lingüística, el inmanentismo historiográfico pone el foco en el objeto, en el texto, con la pretensión de objetivar el estudio a pesar de las propias representaciones del investigador:

El contenido de una gramática no es propiamente "la historia de la lingüística, de los conceptos gramaticales, de la gramática, etc.", sino la imagen o representación de la lengua que, reconstruida por el gramático, se nos ofrece en el texto gramatical a través del andamiaje teórico y gramatical del que se sirve el gramático [...] y analizar un texto, cualquier texto, exige atender a los dos puntos de vista, intertextual e intratextual, que determinan su funcionamiento (Esparza Torres 2006: 80-81).

Si el énfasis metodológico se pone en el estudio del texto, obviamente no solo su contenido sino también sus características constituirán el punto central del análisis y las claves de su interpretación. Tanto es así, que algunos incluso consideran que de ello se derivan automatismos interpretativos por parte del investigador:

Su forma y contenido no dependen exclusivamente del sentido explícito del texto sino también del paradigma de referencia al discurso y al género. En segundo lugar, el género lleva a una noción abstracta de tipo de texto, con unas propiedades normalizadas que regulan su sintaxis global. La forma no sólo indica determinadas condiciones de organización y estructura de los textos, sino que influye de manera directa en el modo de tratar y comprender el significado y sus estrategias internas [...] finalmente, el esquema del género se encuentra en la competencia del individuo, es decir, es una fuente cognitiva que reside en la memoria y a la que recurre constantemente el lector (López Alonso & Seré 2001: 18).

Koerner (1976, 1987 y 1993) y Zimmermann (2004) añaden a los factores textuales (autor, destinatarios, mecanismos de descripción lingüísticos, etc.) la necesidad de tener en cuenta la determinación de los presupuestos epistemológicos, sociales, políticos, cultura-

les de la época como claves en el estudio. Y todo ello con una obsesión: “no hacer decir al texto aquello que no dice”.

Si, como contraste, insistimos con Gadamer en la incorporación metodológica del papel del investigador o lector contemporáneo, habremos de emplear constantemente lo que, con Cuevas, podríamos denominar el “traspaso”, concepto que este autor toma prestado de la escolástica tomista y define como:

El traslado a obras gestadas en un momento determinado de teorías y/o conceptos fruto de un clima intelectual diferente del que dio origen a las obras que analizamos. Así, trasplantar a los objetos culturales con los que operamos los presupuestos epistemológicos de otro momento histórico, social, cultural, intelectual, etc., traicionaría el propio espíritu de la “inmanencia historiográfica” (Cuevas Alonso 2011: 55-56).

Cuevas habla de “clima intelectual” siguiendo a Becker y a Koerner (1995), puesto que este concepto encierra aspectos más sociales que el de paradigma kuhniano, más restrictivo al referirse únicamente a las prácticas metodológicas que definen una disciplina.

El “traspaso” viene a coincidir con el “horizonte de retrospección” de Hassler (2003) y, parcialmente, con el “principio de adecuación” de Koerner (1995), y abarca no solo la utilización, por ejemplo, de un metalenguaje, sino también de conceptos o conocimientos científicos contemporáneos para explicar un texto distante siglos del investigador.

Veamos un par de ejemplos, para terminar. En la descripción que de las “letras y sonidos” hace Fray Andrés López de una lengua filipina, dice:

Pero en otros vocablos (como dicho es) pronuncian. Y clara, lo qual se note por^o que depende de esto a vezes la significacion [1 v.] del vocablo. v. g. *iquet* con *e* significa ‘malla de red’, y *iquit* con *y* significa la ‘tia’, o ‘madrastra’. *Piseng*, ‘chinche’: *pising*, ‘guisado de legumbres’. *Seret* R. de ‘reventar postema’: *sirit*, ‘orina’: *temuel*, ‘grama’: *ti-muel*, ‘pulga’: Y assi de otros que se hallaran en el vocabulario (López 1690: 1v-2r).

Obviamente, López pretende establecer, como todas las gramáticas de la época, la relación letra-sonido y no el sistema fonológico del pangasinán; sin embargo, no forzamos el estudio de su gramática si decimos que mediante el establecimiento del proceso de conmutación a través de pares mínimos, describe los fonemas vocálicos de esa lengua.

Del mismo modo, si tras explicar en su tratado teórico que el traductor ha de tratar de trasladar el sentido de un texto origen a otro en otra lengua, tras teorizar sobre qué se entiende por tal sentido, sobre los procedimientos para llevar a cabo esta tarea, sobre la necesidad de lograr trasladar a otra lengua la intención del autor del texto de partida, acaba orientando al traductor sobre la necesidad de comprobar en los receptores el éxito de la comunicación:

Y si alguno no quisiere ser como el cantor Humeris q e cantaba para si solo examine el sentir de los yndios en esta por q e son con quienes y a quienes hemos de hablar en esta lengua (López 1690: 130v, párrafo 137),

podremos decir que en Andrés López está presente una preocupación no solo por comprobar el éxito de la comunicación, sino por encajar el texto traducido en la cultura de llegada. Si el misionero habla de examinar *el sentir de los yndios*, cuando antes se ha preocupado de determinar la intención del autor del texto original y de encontrar la versión que mejor tra-

duzca el sentido de su discurso, podemos decir que nos encontramos ahora ante una percepción del traductor como un mediador entre culturas, concepción muy actual de esta tarea.

Es verdad que el traspaso puede propiciar distorsiones y así se han minusvalorado, por ejemplo, gramáticas misionero-coloniales por utilizar un método de codificación procedente de la tradición grecolatina (como el de Nebrija) en la descripción de lenguas aglutinantes. Breva Claramonte (2008: 26) denuncia este enfoque, pero, desde nuestro punto de vista, yerra en la explicación de esta denuncia; en su opinión, el problema está en que dichos estudios “no consideran el contexto cultural e intelectual en el que se desarrollan (las obras gramaticales) sino que las evalúan desde un ambiente intelectual completamente distinto”. En la nuestra, el error, el abuso del “traspaso”, no estriba en la aplicación de un método anti-inmanentista, sino en la valoración e interpretación de los datos que hace el estudio al aplicar el método. Este no habrá de contentarse con aquello que el texto o el dato histórico dice por sí mismo, sino que habrá de buscar aquello que el investigador juzga que dice más allá de sí mismo, incluso de forma involuntaria. Se alcanzará entonces el nivel interpretativo y el historiador, el creativo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AUROUX, S. (1987): “Histoire des sciences et entropie des systèmes scientifiques. les horizons de rétrospection”. En P. SCHMITTER (ed.) : *Geschichte der Sprachtheorie 1. Zur Theorie und Methode der Geschichtsschreibung der Linguistik*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 20-42.
- BREVA CLARAMONTE, M. (2008): “El marco doctrinal de la tradición lingüística europea y los primeros misioneros de la Colonia”. *Bulletin Hispanique* 110/1, 25-59.
- CHARTIER, R. (2005): *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. México: Universidad Iberoamericana.
- COSERIU, E. (2007): *Lingüística del texto: introducción a la hermenéutica del sentido*. Madrid: Arco/Libros.
- CUEVAS ALONSO, M. (2011): *Ideas lingüísticas en las gramáticas misionero-coloniales de Filipinas (siglos XVII y XVIII)*. Tesis doctoral. Universidad de Vigo.
- DEL VALLE, J. (1997): “La historificación de la lingüística histórica: Los Orígenes de Ramón Menéndez Pidal”. *Historiographia Linguistica* 24, 1/2, 175-196.
- DUQUE, F. (1993): “Historia e historicidad en el existencialismo y la hermenéutica”. En R. MATE (ed.): *Filosofía de la historia*. Madrid: Trotta, 139-166.
- ESPARZA TORRES, M. A. (2006): “Sobre metalenguaje e historiografía lingüística”. En R. GONZÁLEZ RUIZ, M. CASADO VELARDE & M. A. ESPARZA TORRES (eds.): *Discurso, lengua y metalenguaje. Balance y perspectivas*. Hamburg: Helmut Buske Verlag, 63-87
- GADAMER, H. G. (1984): *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme
- HASSLER, G. (2003): “Textos de referencia y conceptos en las teorías lingüísticas de los siglos XVII y XVIII”. En M. A. ESPARZA TORRES, B. FERNÁNDEZ SALGADO & H. J. NIEDEREHE (eds.): *SEHL 2001. Estudios de Historiografía lingüística. Actas del III Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*. Vigo, 7-10 de febrero de 2001, vol. 2. Hamburg: Helmut Buske Verlag, 559-586.
- HYMES, D. (1974): “Introduction. Traditions and Paradigms”. En D. HYMES (ed.): *Studies in the History of Linguistics. Traditions and Paradigms*. Bloomington: Indiana University Press, 1-38.
- KOERNER, E. F. K. (1976): “Towards a Historiography of Linguistics: 19th and 20th century paradigms”. En H. PARRET (ed.): *History of Linguistic Thought and Contemporary Linguistics*. Berlin: Walter de Gruyter, 685-718.

- KOERNER, E. F. K. (1987): "Das Problem der Metasprache in der Sprachwissenschaftsgeschichtsschreibung". En *Zur Theorie und Methode der Geschichtsschreibung der Linguistik*. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 62-80.
- KOERNER, E. F. K. (1993): "The problem of metalanguage in linguistic historiography". *Studies in Language* 17/1, 111-134.
- KOERNER, E. F. K. (1995): *Professing Linguistic Historiography*. Amsterdam: John Benjamins.
- KUHN, T. S. (1985): *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- LAURENDEAU, P. (1990): "Theory of Emergence: Towards a historical-materialistic approach to the history of linguistics". En J. JOSEPH & J. T. TALBOT (eds.): *Ideologies of Language*. New York: Routledge, 206-220.
- LLEDÓ, E. (1978): *Lenguaje e Historia*. Barcelona: Ariel.
- LÓPEZ, Fray Andrés (1690): *Arte de la lengua Pangasinan*. Colegio y Universidad de Santo Thomas de Aquino. Por el capitán Don Gaspar de los Reyes¹.
- LÓPEZ ALONSO, C. & A. SERÉ (2001): *La lectura en lengua extranjera. El caso de las lenguas románicas*. Hamburg: Helmut Buske Verlag.
- ROSSI, P. (1986): *Las arañas y las hormigas. Una apología de la Historia de la Ciencia*. Barcelona: Crítica.
- SCHMITTER, P. (ed.) (1987): *Geschichte der Sprachtheorie 1. Zur Theorie und Methode der Geschichtsschreibung der Linguistik*. Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- SUEIRO JUSTEL, J. (2004): "Lorenzo Hervás y Panduro: puente entre los misioneros lingüistas y la lingüística europea". *Hesperia* VII, 185-205.
- SUEIRO JUSTEL, J. (2009): "El adverbio en la lingüística misionero-colonial filipina: de un análisis integrador hacia el de una disciplina autónoma". En K. ZIMMERMANN & O. ZWARTJES (eds.): *Historiografía de las ciencias del lenguaje (ámbito hispánico y portugués)*. Núm. especial de *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 7/1(13), 187-214
- SWIGGERS, P. (1997): *Histoire de la pensée linguistique. Analyse du langage et réflexion linguistique dans la culture occidentale de l'Antiquité au XIXème siècle*. Paris: P.U.F.
- ZIMMERMANN, K. (2004): "La construcción del objeto de la historiografía de la lingüística misionera". En O. ZWARTJES & E. HOVDHAUGEN (eds.): *Missionary Linguistics / Lingüística Misionera*. Amsterdam: John Benjamins, 7-32.

¹ Utilizamos una copia en microfilm del ejemplar de la BN y el ejemplar original de 1690 de la Biblioteca de los Dominicos de Ávila, una copia manuscrita destinada a ser impresa.